

Plaza pública

► Patronato de la Cineteca

► Una elección aleccionadora

Miguel Angel Granados Chapa

A fines de marzo de 1982 se incendió la Cineteca Nacional. Casi de inmediato se formó un patronato dedicado a reconstruir el acervo que por la irresponsabilidad de los encargados de la industria y el arte cinematográficos se perdió entonces. Al frente estuvo el señor Bosco Arochi, protagonista de uno de los episodios más feos de la muy fea administración cinematográfica pasada. No se sabe que haya cesado oficialmente en sus funciones. Lo que se supo la semana pasada fue de la designación de un nuevo patronato, ante cuya configuración los interesados en la marcha del cine mexicano no tuvieron más que quedar perplejos.

Una de las inovaciones que en esa materia se introdujeron al iniciarse el presente gobierno fue la creación del Instituto Mexicano del Cine, a cuya cabeza fue nombrado Alberto Isaac. Esta circunstancia, y el que al frente de la Dirección de Cinematografía quedase de nueva cuenta Fernando Macotela —víctima también de los desajustes emocionales que tanto peso tuvieron en la operación de la industria cinematográfica en el sexenio terminado en noviembre anterior— provocaron entusiasmo en los sectores más importantes de esa actividad, necesitados de un resarcimiento de los agravios que habían recibido en los años en que estuvo a cargo de la dependencia correspondiente la señora Margarita López Portillo. Isaac era conocido como un inteligente director independiente, mientras que Macotela había estado ligado a la industria con anterioridad. Se acababan las improvisaciones y los caprichos, se creyó.

Sin embargo, la integración del patronato de la Cineteca muestra o que las esperanzas de beneficiarnos del resultado de una excelente administración cinematográfica aún deben esperar días mejores para concretarse, o que la querrela interna en la Dirección de Radio, Televisión y Cinematografía, a cargo del licenciado Jesús Hernández Torres, va resolviéndose en favor de este funcionario, experto en hotelería y no en favor de quienes conocen el arte a que se han dedicado.

Forman parte de ese patronato Mario Moreno, a quien en algún tiempo se conoció como Cantinflas; Miguel Alemán Velasco, vicepresidente de Televisa y jefe, por lo tanto, de Televisión, la empresa rampante en esta industria en los meses recientes; Carlos Amador, vinculado al mismo monopolio a través de *Teleguía* y los cines que administra, y quien preside la Cámara Nacional de la Industria Cinematográfica; Gregorio Walerstein, líder de los productores privados; Roberto Cantoral, Gabriel Figueroa, Ignacio López Tarso. Carmen Montejo, Octavio Paz, David Reynoso, Pedro Vargas Jr. y Sally de Perete.

Se percibe un evidente criterio conservador en la confección de esa lista. Salta a la mente, de inmediato, que hay sobrantes y faltantes en ella. Salvo los casos de Octavio Paz, Gabriel Figueroa y López Tarso, cuyos méritos en cada uno de sus terrenos son indiscutibles, el resto de los integrantes o tienen poco que ver con la industria, o lo que han hecho en ella no los autoriza a participar en la delicada tarea de remprender la construcción de la Cineteca Nacional, que implica no sólo realizar actividades financieras con objeto de obtener fondos para ese efecto, sino especialmente la formación del nuevo acervo con que esa institución debe contar.

Conforme a ese criterio, extraña que no se haya integrado también al patronato a Guillermo Calderón, autor de golfas y ficheras, o a la India María, o a Chespirito. Es decir, con nombramientos como estos quedaría patente que se trata de poner la reconstrucción de la Cineteca en las manos que han creado la peor imagen de la industria cinematográfica mexicana, aquella de la que debemos avergonzarnos.

En cambio, no se ha estimado pertinente dar en ese patronato un sitio a los directores independientes, a los productores que han hecho su trabajo al margen de los circuitos industriales, a los críticos, a los historiadores, a los técnicos y en general a los trabajadores.

No es casual que así haya sido. Los nombramientos dan una idea clara de la política cinematográfica que se piensa poner en práctica en la Secretaría de Gobernación. Nada que rompa las inercias de la administración pasada. Nada que elimine el imperio del capricho. El comercialismo, la ratificación de Televisa como árbitro no sólo de la televisión sino también del cine ahora, el temor a las voces independientes, todo ello se suma en esta decisión, de la que no saldrá bien librada ya no digamos la Cineteca, sino tampoco el arte del cine en general.